

La señorita le dijo que tenía la impresión de que de momento iba ganando porque el tío de María Encomienda le parecía a ella recordar que había llegado a nueve, y que ahora y si doña Begoña no estaba tratando de favorecerla — porque, Leonor tú lo sabrás mejor que yo y de primera mano tan juntas que os criasteis desde siempre, así que para qué voy a contártelo cuando todo el vecindario sabe que a mí no me gustan los chismorreos, se sintiera obligada a pagar algún favor que su familia estuviese debiendo al hermano de padre (como la madre, tras enviudar, se casó en segundas nupcias y esa sí que fue buena boda la que hizo que no como la primera con aquel don nadie con el que... pero bueno qué importa ya ni quién se acordaría después de tantos años) de su bisabuelo — o aunque fuera sin mala intención equivocándose — y que es, y que Dios me perdone, pero tú bien lo sabes y para qué va una a hablar, mucho suponer porque es de todo el pueblo conocido cómo es doña Begoña —, la que pasaba casi seguro con esos catorce a ocupar el primer puesto y hasta a lo mejor llevarse la medalla de honor era ella. Pero que no se hiciera todavía todas las ilusiones porque tenía pendientes de barajar muchísimas hipótesis muy embarulladas que había heredado de doña Priscila al jubilarse, y no sabía cuándo iba a poder dedicar una tarde entera a revisar el álbum de fotos para, desde la de Sánchez con niña y dama negra, hacer la comprobación paso por paso y siempre, porque Leonor qué gente tan rara hay por el mundo, en dirección contraria al avance de las manillas del reloj que, por cierto ahora que lo mencionas, tengo la sensación de que la hora de la siesta se retrasa hoy más de lo habitual, así que con tu permiso voy a echar una cabezadita porque aquí de plantón y sin abrir el pico me está entrando una soñarrera grandísima, y por favor si oyes que la enfermera me nombra me avisas. Tengo hoy los ojos fatal.